

**RETRATO HUMANISTICO  
DE HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL**

Por Alberto Baeza Flores

Que un gran poeta sea, a la vez, un inteligente y fervoroso animador y propulsor de la cultura nacional, con mirada extensa, abierta e intensa, es casi don milagroso en esta América nuestra, tan necesitada de un *sí*, de una afirmación—con humana exigencia necesaria— de los valores que han de ser sostenidos en frente y a pesar de los negadores de todo, de los que practican aquello de “con tal de que tú te quedes tuerto, aunque yo me quede ciego”.

Toda profesión propicia la competencia y promueve, a veces, la discordia. En nuestro oficio de testimoniadores de la vida a través de la palabra poética y literaria, solemos desembocar en aquello que tan certeramente calificó Vicente Huidobro, un día, cuando dijo que el poeta es un pequeño dios.

Si los dioses en el Olimpo griego reñían como humanos, los que escribimos poesía ya fuimos satirizados por Quevedo, a causa de nuestras riñas infernales; y también la “Floresta General” de Francisco Asencio y la “Floresta Española de Santa Cruz de Dueñas”—ambas del siglo XVI— hablaron de nosotros, con humor y razón.

Digo todo esto porque este maridaje del gran poeta y el gran animador generoso de la obra meritoria de los demás, que debiera ser norma casi general en los creadores líricos es, por desgracia, cosa de excepción.

¿Por qué y cómo se dio en la vida de Héctor Incháustegui Cabral esta unión del valioso creador lírico y del generoso animador de la cultura nacional? Me lo pregunté muchas veces, en silencio, en Santo Domingo, en La Habana, en Ciudad México, en París, en La Catalina—en Costa Rica—. Aventuré algunas respuestas, me interné en conjeturas, y en vías, meditaciones y vetas, que me pudieran llevar a una explicación que me dejara satisfecho en mi humana curiosidad. No se lo pregunté a él, porque no obstante nuestra amistad durante estos últimos treinta y seis años, y no obstante la franqueza—a veces

intensa y apasionada— que presidió nuestra relación fraterna siempre, hubo de mi parte —desde el comienzo— un gran respeto por su obra lírica y su posición humana, y él me correspondió en igual forma.

Eramos —fuimos— unos amigos tan fraternos que más de una vez —que varias veces— estuvimos en desacuerdos literarios y en desaveniencias tácticas por las vías y los medios de expresar y hacer práctico lo que los franceses —desde el Proceso Dreifus— han definido como el compromiso del escritor o la literatura “engagé”. En los años de la paralela acción de “La Poesía Sorprendida” y de “Cuadernos Dominicanos de Cultura” mantuvimos posiciones distintas, aunque buscábamos una igual salida. No obstante lo agitado de los enfrentamientos ideológicos de los puntos de vista tácticos, que eran dos vías para comprender lo dominicano, nunca se rompió el fraterno puente de esta amistad y nunca dejó de haber un mutuo respeto, por enconadas que fueran las batallas.

Con mis compañeros de “La Poesía Sorprendida” sosteníamos una universalización de lo dominicano a través de la incorporación de las corrientes del pensamiento y sentimiento universal. Héctor Incháustegui Cabral y sus compañeros de entonces se empeñaban en la dominicanidad de lo universal. Pensaban, al llamar “Cuadernos Dominicanos” a su acción cultural, que lo dominicano ya estaba cuajado. Nosotros creíamos que la dominicanidad estaba en proceso de crecimiento y ahondamiento y que faltaban enlaces —necesarios— con el resto del mundo cuyo destino se jugaba —de manera sangrienta— en todos los continentes, en aquellos años de la segunda gran guerra mundial. Esta necesidad de unión solidaria era en nosotros esa “Poesía con el Hombre Universal” —que tan a la ligera ha sido interpretada después, al no tomar en cuenta el escenario epocal de entonces y el espacio tiempo histórico que le correspondía. La necesidad del agrupamiento y del acuerpamiento de lo dominicano, “en casa”, era un Héctor Incháustegui y sus compañeros esos “Cuadernos Dominicanos de Cultura”. Nosotros queríamos ver lo dominicano en paridad con otros empeños paralelos en el mundo. Héctor Incháustegui y los suyos querían ver lo dominicano reagrupado “en la familia nacional”.

Lo que me parece humanamente ejemplar en este enfrentamiento ideológico de vías distintas para un parecido afán de grandeza para las letras dominicanas, es que, no obstante los enconados puntos de vista que florecían en nuestros dos campos de la batalla, nos sentábamos juntos —generalmente los sábados— en la Casa de la Poesía, de Franklin Mises Burgos, y durante horas y horas, desde las tres o

cuatro de la tarde —o antes— hasta una cena un tanto retrasada, examinábamos nuestros textos, nuestras obras, y las discutíamos y analizábamos —a veces no sin intensos y extensos puntos de vista opuestos en lo formal, en los continentes o moldes de las obras, y no faltaban a ese Taller Literario, ni Héctor Incháustegui Cabral, ni Pedro René Contín Aybar, ni Ramón Marrero Aristy y era de ver, de escuchar, el diálogo que se desarrollaba entre ellos y el equipo de “La Poesía Sorprendida”. Algunas de las primeras reuniones contaron, también, con la presencia de Domingo Moreno Jimenes. Era curioso ese poner las cartas sobre la mesa de la generación de los postumistas —Moreno, Rafael Américo Henríquez, Manuel Llanes— con la generación de Franklin Mieses Burgos —que era intermedia— y con la de Héctor Incháustegui Cabral, que era la mía, y donde estaba, también, Contín Aybar. Los puntos de vista de la más joven generación literaria dominicana, de entonces, estaban representados por Mariano Lebrón Saviñón, Freddy Gatón Arce, Antonio Fernández Spencer, especialmente. Manuel Valerio y Aída Cartagena Portalatín representaban opiniones intermedias.

De cada una de estas sesiones en la Casa de la Poesía —que era, en realidad un Taller Literario—, salíamos más enriquecidos. No solamente leíamos y poníamos en discusión nuestros textos, sino que analizábamos la obra de un Rainer María Rilke, de un Luis Cernuda, de un Juan Larrea, de un León Felipe, y de otros y otros grandes creadores.

Recuerdo que Héctor Incháustegui Cabral, en las sesiones a las que asistía, sabía mantener ese difícil equilibrio entre las convicciones propias, bien asimiladas y experimentadas, y las experiencias ajenas, cuando adquirían un fundamento válido para su reexamen y para iniciar meditaciones enriquecedoras. Este saber exponer y, al mismo tiempo, este saber escuchar, definían a Héctor. De las viejas raíces de vasconia, que eran raíces de la tierra, ruralidad de la mejor ley, le venía ese tono cachazudo, sentencioso, ponderado, calmo, lleno de vigor vital en la obra realizada y escuchada con seriedad. Del espíritu de la aventura humana de los Cabral —viajeros, exploradores, expositores, dignatarios, marinos, terrestres y celestes, a la vez— le venía una cierta pasión y una comezón por el riesgo. Así entre la contenida pasión vasca y la aventura hacia la exploración, en esa lucha entre las viejas raíces y el desafío de la intensidad de la luz, buscaban y encontraban el fiel de la balanza: la meditación y el sentimiento de Héctor Incháustegui Cabral.

Venía de Baní —tan dominicano— y era una lírica y humanísima

expresión del ser banilejo, y de lo banilejo en el ser, y por eso porque representaba a una ruralidad y a un provincialismo que había sufrido, que sabía de la sequía de la naturaleza, de lo áspero de los caminos de tierra, de la grandeza y de la miseria de los pobres de este mundo —Héctor Incháustegui Cabral seguía siendo fiel a su Baní dominicano— al Baní del Generalísimo Máximo Gómez—, que era, no obstante el encierro geográfico en el Sur, en Baní abierto al mundo de nuestra América. Decir Máximo Gómez es nombrar a Cuba. Debió ser el primer Presidente de la República de Cuba, ya libertada. El Generalísimo declinó ese honor que le correspondía por representabilidad de méritos históricos.

Héctor Incháustegui heredó emocionalmente ese amor banilejo hacia Cuba. Y Candita fue una especie de concreción humana de ese amor, en lo mejor que puede haber para un hombre en este mundo: la compañera —novia, esposa, madre de los hijos, confidente, alentadora, camarada en las horas buenas y malas, en las tormentas de la vida y del destino que azotan a todo hombre desde los huracanes de los griegos. Candita, fue además, la inspiradora del primer cuaderno lírico que Héctor reconocía siempre como el de su entrada en la poesía.

De Cuba solíamos conversar, largamente, en las cafeterías de la Calle del Conde, donde hacíamos alguna escala, camino a “La Opinión”, periódico en el cual hicimos, con Rafael Herrera —y con la colaboración de Mariano Lebrón Saviñón— un suplemento cultural, que volví a reeler, con no poca emoción, en abril—mayo de este año. Parecía que el tiempo no había pasado, y que ese 1943 era pleno 1979. Pero el tiempo había pasado en años, aunque la curiosidad, el interés, la reactualidad de las páginas sabatinas culturales de “La Opinión”, que fue nuestro trabajo conjunto, estaban todavía viva ante nosotros, y para otros.

Recuerdo la felicidad y la familiaridad de Héctor Incháustegui cuando, como tripulantes de una navegación conocida y fantástica, entrábamos al taller del diario para revisar, reajustar y hacer cambios en el emplante. Se movía —con Rafael Herrera— en su mundo, en su mar. Y esto lo había aprendido Héctor Incháustegui del padre, capitán inspirado de la navegación periodística, culta, provinciana.

Era un hombre que sabía escuchar, que aprendía al escuchar, como buen humanista, y que poseía el raro don de saber y poder escuchar. A la vez, era un hombre de donaciones. Sabía dar, con una delicadeza tan del alma sincera y profunda, que casi pedía excusas en

el acto de dar, de afirmar a tal o cual autor, a tal o cual compañero, como si ese dar no fuera un don de donación de su alma sino un puro merecimiento ajeno. Pero en esa sutil excusa, en el acto de dar, había al mismo tiempo una delicada firmeza —muy entera— por la conciencia de la justicia que empujaba ese apoyo a tal o cual empresa de cultura o a la obra de éste o de aquél compañero del mismo oficio creador.

Mi primera conversación para la fundación de una revista en Santo Domingo ocurrió en torno a una mesa en el Hotel Colón, donde nos citamos con Franklin Mieses Burgos y Héctor Incháustegui Cabral. Fue nuestra primera conversación en profundidad y extensión, a poco de mi llegada a la capital dominicana. Aquella noche esbozamos lo que podía ser y lo que más tarde se llamaría “La Poesía Sorprendida”. Héctor Incháustegui presentó puntos de vista que eran muy realistas. Franklin Mieses Burgos se inclinaba hacia mis vehementes ilusiones. No había un acuerdo sobre la posibilidad de una revista así, en aquella hora y en la capital a la cual el Benefactor había rebautizado con su primer apellido, pero los puntos de vista eran lúcidos e irían germinando hasta concretarse en esas hojas esbozadas en la reunión de la noche larga en el Hotel Colón de Santo Domingo.

Aquella noche expusimos, además, nuestros puntos de vista en poesía, nuestras estéticas. No eran las mismas, pero nos movían a un profundo respeto. Pusimos sobre la mesa nuestras preferencias literarias, nuestras lecturas de cabecera, las enseñanzas recibidas de lo que podían ser “nuestros poetas”. No eran, necesariamente, siempre los mismos, pero en algunos coincidíamos plenamente. No siempre estábamos de acuerdo en la relación de prioridades.

Franklin era un firme maestro de los símbolos, mientras yo cruzaba por una ebriedad suprerrealista, que había ido hasta Quevedo y la novela anónima del siglo XVII, de “El Caballero Invisible”. Héctor Incháustegui era un neorealista social y metafísico, que estaba más cerca de Neruda, Whitman y Eliot que de Paul Eluard, Juan Ramón Jiménez y Juan Larrea. Curiosamente nos poníamos de acuerdo en nuestros desacuerdos.

Singular destino quiso que Héctor Incháustegui se encontrara en medio de los “Cuadernos Dominicanos de Cultura” a la hora fundadora, y que con Franklin Mieses estuviéramos a la hora de fundar “La Poesía Sorprendida”. Me he referido a las vías desiguales para entender lo dominicano, la dominicanidad, lo dominicano hacia lo universal y la dominicanidad como raíz concentradora y alimentadora. Las

posiciones se fueron haciendo más extremas. Era repetir en otro escenario la vieja pugna de Unamuno de españolizar Europa y el punto de vista de Ortega y Gasset de europeizar España. Era otro escenario, otro tiempo, otra circunstancia, pero Incháustegui intentaba concentrar lo dominicano y los de "La Poesía Sorprendida" intentábamos expandirlo. Cuando la pugna fue mayor, pasó a una actitud francamente militante y de violento enfrentamiento literario. Nunca Héctor Incháustegui perdió las proporciones, la compostura, la ecuanimidad. Aunque no estaba de acuerdo con nosotros nos defendió siempre, y fue nuestro mejor abogado, porque entendía que lo que hacíamos en "La Poesía Sorprendida" era necesario, por la calidad y la vinculación que creaba con las corrientes iberoamericanas y europeas, y por la seriedad con que habíamos emprendido y sosteníamos este trabajo. Una actitud así, sólo es posible de parte de un humanista que, aunque es parte de la batalla, se coloca por encima de la tormenta sin dejar de participar, a plena conciencia, de la hora de la patria y del mundo.

Cuando a mediados de 1962, al cabo de diez y siete años de ausencia, pude regresar a la capital dominicana, organizamos en casa de Franklin Mises Burgos una sesión especial como en los mejores tiempos de nuestra Casa de la Poesía y del Taller Literario. Allí estábamos todos. Y estaban —también— naturalmente: Héctor y Cándida. No poco de lo que dijimos y leímos lo grabamos para así tener una especie de antología de viva voz de la poesía dominicana. Debo ahora encontrar esa cinta magnetofónica ya histórica, porque contiene las voces de poetas hoy desaparecidos.

Cuando "La Poesía Sorprendida" cumplió en 1973 sus treinta años, Freddy Gatón Arce —sin dejar de ser el poeta de 1943, de la hora de la fundación de la revista— se movió con ese fervoroso entusiasmo de tres décadas anteriores y buscó en apoyo para esta celebración que consistió —como columna fundamental— en una edición facsimilar de "La Poesía Sorprendida". Héctor Incháustegui Cabral era Vicerector de la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros y Director de sus publicaciones. Fue quien presidió el acto de la puesta en circulación de la reedición completa de la revista y sus ediciones y quien presidió también la conferencia que ofrecí, en septiembre de 1973, en la Universidad Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros, para analizar "La Poesía Sorprendida" con la perspectiva que otorgaban esos treinta años a partir de la hora de su fundación.

Aquí habría que señalar que hay que realizar la reedición de

“Cuadernos Dominicanos de Cultura” a quien es deudora, también, la cultura dominicana en gran medida y que, reeditada, nos dará una nueva evidencia de la viva reactualidad y vigencia de tantos textos fundamentales, además de su huella histórica en el desarrollo de la cultura en la República Dominicana.

Digamos, como razón de justicia, en este retrato humanístico de Héctor Incháustegui Cabral —cuyo título me lo ha sugerido, en la carta en la que me habla del homenaje que preparaba, para su número especial de homenaje, la revista Eme—Eme, el continuador de Héctor Incháustegui Cabral frente a las publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, el Licenciado Danilo de los Santos, que este sentido y visión humanístico de Héctor Incháustegui Cabral estuvo siempre nutrido y alimentado de una viva curiosidad literaria y humana, que era llevar más corrientes humanas hacia la literatura y acercar más ríos de las artes y las letras al quehacer humano. Esto normó, también, según me parece, su acción frente a importantes organismos estatales, oficiales de cultura hacia la población, hacia el sentir y el crear nacional en las bellas artes y las bellas letras —que son las letras útiles a la colectividad, al individuo y a la sociedad—.

Esta curiosidad humana era evidente en los libros que leía. Fue siempre un lector alerta, inquieto, voraz, lúcido, fervoroso. Me dio esa impresión la primera vez que conversé con él en el Hotel Colón en los primeros meses de 1943, como ya dije. Me reiteró esa imagen la biblioteca que le ví —libro sobre libro como ladrillo sobre ladrillo, de una casa que se levantaba con espiritual entusiasmo— primero en la casa de la capital dominicana de la década de los años cuarenta, hasta la biblioteca que le ví, que revisé —con vivo deleite— en su casa en el Campus de la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros, hasta el sostenido crecimiento, en plenitud, en la última casa donde lo visitamos con Freddy Gatón Arce y Máximo Avilés Blonda, yo aún con la fatiga del tránsito de una orilla a la otra del Atlántico, en abril de este mismo año, recién desembarcado en el Aeropuerto Internacional de Las Américas.

Uno de mis compañeros de “La Poesía Sorprendida” habló una vez que Héctor Incháustegui carecía de buen gusto artístico, de ojo de artista —lo digo a mi manera, no textualmente, pero esta es la idea—. Pero, en realidad, como pocos poetas —y esto me consta— Héctor Incháustegui Cabral —al igual que Franklin Mieses Burgos— estuvo muy directamente relacionado con pintores y escultores —no solamente en la República Dominicana— sino fuera del país, también. Su buen gusto en las artes plásticas se evidencia, con elocuencia muy

sensitiva, en su pinacoteca particular, que nunca me cansé de ver y de admirar.

Su buen gusto, su sensibilidad, su curiosidad de humanista —y reitero la imagen otra vez— está expresado, paralelamente a la colección de pinturas que reunió, en los libros —en su biblioteca valiosa— que fue atesorando “sin prisa, pero sin tregua”, para usar unos términos gratos a Goethe. El destino de esta biblioteca ha sido, también, gesto de humanista: la Biblioteca ha ido a incrementar la riqueza bibliográfica de la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros.

Retomo una idea insinuada y presentada en párrafos anteriores para concretarla en un balance rápido, pero elocuente. De ese trasiego, enfrentamiento y pugnacidad estética, en la Casa de la Poesía, en el Taller Literario, Héctor Incháustegui volvió a repensar en una relectura atenta y cuidadosa de algunos de nuestros grandes clásicos del ayer —vigente hoy—. En las citas de sus libros de “En Soledad de Amor Herido”, de 1943, encontramos versos de San Juan de la Cruz, Calderón, Lope de Vega, Góngora. El título de su libro de 1944 —“De Vida Temporal”— está tomado de un verso de Francisco de Aldama. Y en “Canciones para matar un recuerdo”, libro también de 1944, podemos encontrar citas de la poesía anónima mejor, y de San Juan de la Cruz. Esto habla en alta estima del sustento afín de un gran poeta contemporáneo social y metafísico como Héctor Incháustegui Cabral.

Sería indispensable, imperdonable, no aludir a dos hechos capitales en la proyección de Héctor Incháustegui Cabral como promotor cultural, e impulsor del quehacer literario entre sus contemporáneos. En primer término: Su acción frente a las ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros. En el orden literario la década de los años setenta en la República Dominicana se inscribe de manera muy clara, para mí, a causa de las colecciones que para UCMM dirigió, orientó, alentó, Héctor Incháustegui Cabral. Revítese el catálogo de lo publicado. Ni en cantidad, ni en calidad, hay ejemplo semejante, en la década de los años setenta, y en las dos anteriores, de una actividad editorial —de una sola editorial— de la magnitud de la empresa que Héctor Incháustegui dirigió en las ediciones de la UCMM. El tiempo dará cada vez más y más perspectiva grande a la tarea iniciada y sostenida por Héctor Incháustegui durante todos estos años, en la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros, polo del desarrollo importantísimo en la cultura dominicana.



Paralelamente a esta actividad corre otra —que corresponde también a un humanista—: la de apoyar a los talentos mejores de las generaciones sucesivas. Y si su labor frente a las ediciones de la UCMM puede ser continuada se debe a su visión de apoyar —y descubrir— a los talentos de las generaciones siguientes a la suya. No de otro modo se explica la presencia de Danilo de los Santos en la Dirección de Publicaciones de la UCMM. No otro modo se explica que encomendara el estudio preliminar y general de su poesía al muy valioso, talentoso y disciplinado ensayista José Alcántara Almánzar —una de las sólidas columnas en las que ya se apoyan los estudios desde hoy hacia mañana de la literatura dominicana.

Y otra prueba de su abarcadora visión fue el encargar a Freddy Gatón Arce, uno de los fundadores de “La Poesía Sorprendida”, que escribiera el Epílogo de las obras completas del poeta de “Poemas de una sola angustia”. Gatón Arce razonó y fundamentó —en su trabajo— la calificación de la obra conjunta de Héctor Incháustegui Cabral, como la del “poeta sustantivo” nacional. Tiene razón. Incháustegui Cabral comparte, para mi gusto, una de las vías de la poesía dominicana en este siglo: la del neorrealismo. Si Franklin Mieses Burgos nos llevó y nos enseñó la milagrería de su universo simbólico, de Héctor Incháustegui Cabral aprendimos el mundo neorrealista terrestre y metafísico. Personalmente no es poco lo que le debo a Héctor Incháustegui en el conocimiento del alma nacional dominicana y de las mareas metafísicas del ser universal.

Hablo de estas dos vías fundamentales, sin desconocer la importante huella histórica y significativa, en la conciencia contemporánea de la poesía dominicana, de la obra de un Domingo Moreno Jimenes, de un Tomás Hernández Franco, de un Manuel del Cabral, de un Pedro Mir, de un Freddy Gatón Arce, de un Antonio Fernández Spencer, de un Manuel Rueda, para referirme sólo a siete grandes nombres de la poesía dominicana del siglo XX y sin ir a los poetas de “1948”, donde hay obras tan sólidas y significativas como la de Lupo Hernández Rueda o como la de Máximo Avilés Blonda, para escribir dos ejemplos, que concitan admiración y respeto. Y, sin entrar a hablar de los poetas de las décadas de los años sesenta y setenta.

Todo esto, valoriza aún más, según mi parecer, la vía de un Héctor Incháustegui Cabral y la vía de un Franklin Mieses Burgos, tan profundamente originales, tanto el uno como el otro.

Antes de finalizar —y en razón de justicia— debo señalar mi gratitud hacia el gran poeta y gran editor. El constante aliento epistolar y

verbal recibido de Héctor Incháustegui Cabral, para mi obra "La Poesía Dominicana en el Siglo XX" —ediciones UCMM— es de esos que comprometen una gratitud para siempre. Su fervoroso entusiasmo comunicativo, para que prosiguiera y ampliara la obra, está en la nutrida correspondencia que recibí durante años en La Catalina, Costa Rica, y en este último año en Madrid. Proseguir y finalizar los dos tomos que faltan es un compromiso con la poesía dominicana, pero también con la memoria de Héctor Incháustegui Cabral.

Por todo lo dicho, hasta aquí, no extrañaré a nadie que mi primer homenaje a la memoria de Héctor Incháustegui Cabral haya sido reunir todos mis poemas de inspiración dominicana en un libro que he llamado "La Tierra más Hermosa" —tomando el título de la idea general de aquella conmovedora "Carta sobre el Descubrimiento" de Cristóbal Colón.

He dedicado el libro así: "A Héctor Incháustegui Cabral, gran poeta sustantivo nacional dominicano, amigo ejemplar en estos últimos treinta y seis años de mi vida".

Conservo sus cartas, donde el hombre habla con alma entera, con pulso humano, con la voz del amigo y compañero, también un poco dentro de ese calor comprensivo de hermano. En algunas de esas cartas me habla de éstos o de aquéllos poetas y ensayistas de las generaciones más jóvenes, e insiste sobre los diversos merecimientos de estos jóvenes. Esta es otra de las actitudes de Héctor Incháustegui Cabral, que no debemos callar o disminuir. Sin pretender tener discípulos, puesto que el gran maestro no busca nunca seguidores sino compañeros que caminen con una energía independiente, propia y audaz, Héctor Incháustegui Cabral ayudó, reconfortó, aconsejó, orientó, estimuló vocaciones, creaciones, quehaceres dentro de la actividad literaria dominicana. No es la hora de un recuento en esto, que a Héctor Incháustegui Cabral, no le gustaría, puesto que él siempre procuró que no pesara demasiado ni fuera exhibido ni su estímulo, ni su orientación, ni su aliento. Es hora, sólo, de no dejar afuera esta referencia. Y no más.

Desearía terminar con un recuerdo expresado a través de una evocación lírica. En noviembre de 1974 me correspondió organizar en el centro de estudios CEDAL en La Catalina, Santa Bárbara de Heredia, Costa Rica, el Seminario Latinoamericano "La Acción del Libro en los procesos del cambio", que contó con la presencia de los directores y representantes de las editoriales universitarias y a nivel universitario de la América del Sur, América Central, México y las

Antillas, y con la del Director General de la Feria Mundial del Libro Frankfort, Alemania Federal.

Héctor Incháustegui Cabral, como Vicerector de la Universidad Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros, estuvo en la presidencia de las sesiones del Seminario. Muy de mañana, como si estuviera en sus días de estudiante en Baní, casi con el alba, llegaba a la cabaña, que el campus yo ocupaba con Elsa, para tomar el café colado al estilo dominicano-cubano. Entonces hablábamos como en los días de 1943, 1944, 1945, 1962, 1973.

La tercera y última parte de mi libro "La Tierra Más Hermosa" se titula: "Retratos, Recuerdos y Reencuentros", que corresponden a los de treinta poetas dominicanos —desde el de Domingo Moreno Jimenes hasta el de Josefina de la Cruz—. Este es el de Héctor Incháustegui Cabral, para recordar esa temporada —breve, pero tan inolvidable— en La Catalina, Costa Rica:

Hasta los pinos y cipreses de Berrí,  
en Santa Bárbara de Heredia,  
llegaban los caminos de Baní —atravesando el mar—  
desde tan lejos,  
con los burros de los días impares,  
burros de la agonía cotidiana,  
caminando caminos de "no hay más",  
y del "debemos tanto".

Los caminos más pobres de tu tierra sin agua  
llegaban, muy cansados, a estas nieblas  
de la Meseta Central costarricense,  
a los miradores silenciosos de Vara Blanca y La Guaracha  
donde bebíamos, lentamente, paladeándolo, un café de infinito,  
recién colado en la mañana recién despertada. (Como a tí te gustaba)  
A los lejos el mar,  
como un párpado puro de la luz hecha niebla,  
en Puntarenas al final.  
Y la sed de la tierra dominicana banileja  
preguntaba por tí para que le explicaras  
ese dolor de tiempos de su angustia,  
ese dolor de ser dolor sin seguro de vida,  
y ser vida después de ese dolor sin respiro de ser  
y sin paradilla entre la sed y el agua tan lejana.

Entre la angustia y la vigilia hay un nombre:  
"En soledad de Amor Herido" se llama.

Navalquejigo, Bosque de Los Arroyos, a la vista de El Escorial. Otoño en España de 1979.

*Hasta los pinos y cipreses de Birrí,  
en Santa Bárbara de Heredia,  
llegaban los caminos de Baní —atravesando el mar—  
desde tan lejos,  
con los burros de los días impares,  
burros de la agonía cotidiana,  
caminando caminos de “no hay más”,  
y del “debemos tanto”.*

*Los caminos más pobres de tu tierra sin agua  
llegaban, muy cansados, a estas nieblas  
de la Meseta Central costarricense,  
a los miradores silenciosos de Vara Blanca y La Guaracha  
donde bebíamos, lentamente, paladeándolo, un café de infinito,  
recién colado en la mañana recién despertada. (Como a tí te gustaba)  
A los lejos el mar,  
como un párpado puro de la luz hecha niebla,  
en Puntarenas al final.  
Y la sed de la tierra dominicana banileja  
preguntaba por tí para que le explicaras  
ese dolor de tiempos de su angustia,  
ese dolor de ser dolor sin seguro de vida,  
y ser vida después de ese dolor sin respiro de ser  
y sin paradilla entre la sed y el agua tan lejana.*

*Entre la angustia y la vigilia hay un nombre:  
“En soledad de Amor Herido” se llama.*

Navalquejigo, Bosque de Los Arroyos, a la vista de El Escorial. Otoño en España de 1979.